

La mano del horizonte

"Beati páuperis spíritus"

Música contaminada lo justo y necesario recorre mesas, sillas, acaricia a los irremediables, en un bar abandonado a su suerte desde la misma tarde su inauguración. Tomo asiento en cualquier lugar a ver si hay más almas en pena, a lo mejor ya perdidas, menos bravuconas y mandadoras de parte que las usuales, o negras como la noche en que encontré al Fermín.

Por enésima vez acababa de probar la manera de suicidarme sin llamar demasiado la atención, hurtarle el cuerpo al infortunio, y por enésima vez me salió el tiro por la culata. ¿Ansias de lavar ropa sucia? Yo no. En la vida me las de dado de moralista, justo, honesto, he siquiera pensado en dar buen ejemplo, pues para eso no tengo pasta, poseo dientes chuecos y amarillejos, me cuelgan las chalchas, y tanto manos como pies delatan el desolador estado de mi humanidad.

De chiripa se enredaron nuestros pasos en otro bar de mala muerte. Igual que hoy, entonces tampoco tenía un cinco, le debía incluso a los mendigos, esputaba sangre oscura, vacía estaba la despensa afectiva, y la Lina volvía a ponerme el gorro como si yo sufriera de la vista. No fueran nada las

dudas aportillando los sesos a toda hora, peor se me hacía la sed de cama tibia, las confidencias en la oscuridad, sólo que ninguna de las que inundaban mi vereda siquiera hubiera aceptado un mísero pellizcón en las nalgas.

¿Qué entreveró los caminos? No ha llegado la hora de revelarlo. Entiéndanme bien. Debo cerrar la boca si todavía aspiro a vivir unos añitos más. Luego, ¿una promesa? Nada de eso. Menos un compromiso. Antes prometía lo que me pidieran. Hoy vivo de satisfacer pedidos especiales o cumplir órdenes, tan absurdo lo uno como lo otro.

"Éste es el próximo. Lo necesito para mañana". Así lo hubiera expresado el de turno caso de aflojar la lengua en lugar de desplazar el índice y llevar la mano tiesa a la garganta en acto de rebanar jamón de un único tajo. Es claro, sobran las palabras, y...las traiciones. Él, o ella, deben ausentarse de este mundo por mucho, mucho, muchísimo tiempo. Dos, tal cual vez tres de esas balas importadas, la parálisis repentina de brazos y piernas, seguida de la congelación facial, el pasmo en los ojos, similar a un advenimiento orgásmico, dan fe de trabajo limpio, provechoso a la sociedad que siempre ha de prevalecer. Si a más de eso, tampoco hay mirones, ya puedes cobrar la segunda mitad. Las demás variantes, ora son simples gajes del oficio, ora se convierten en caso de apuro: mucha

gente por ejemplo, también mucho cahuín, pájaros verdes al aguaito, de ahí que salgan chuecas y se descarten.

De qué fue a parar el Fermín al otro barrio, eso, entre otras cuestiones más, no va a saberse jamás. Pero ellos, los fisgones de oficio, los delatores por gusto o a cambio de unos pesos locos, las niñas que andan sólo de noche porque ya no son tan niñas, de día espantan al más curtido, y, encantadas, se lo sueltan al primero que les deslice unos billetitos por entre los melones, dale con que va a llover y eso que el cielo se ve más limpio que nunca.

Qué quede bien claro: no fui yo. Motivos tenía de sobra, pero esa mañana de invierno, cuando lo rescataron de una especie de cámara en las viejas alcantarillas, seguramente en desuso, hasta el más cegatón veía a un pájaro de cuentas, buscado por cielo, mar y tierra, aunque la pinta contara una historia pero bien distinta.

Lo descubrió un hueveta, de éstos que nunca faltan, en vías de pincharse heroína en un lugar a salvo. En vez de viajar a las estrellas se encontró cara a cara con el manso pastelito. Del susto casi se la mete donde no corresponde.

Recostado en el basural subterráneo se hallaba el Fermín. El pasmado quiso largarse ahí mismo, pero algo, que no supo explicar en el recinto de policía, y dio pie a especulaciones, lo clavó al suelo. En efecto, el tío ése, no respiraba. Entumecida la cara, heladísimas las manos, desechó ahí mismo la hipótesis del proscrito. Más no sé. Y si lo supiera, de esta boca no va a salir. Que otros labios cuenten la firme. Como ya dije, no prometo ni creo en promesas.

Fermín aparta las telarañas, sacude el polvillo, de nuevo limpia su traje predilecto, contrae los miembros feliz de saberse ya en lo suyo. Su brazo izquierdo continúa encajado en la canaleta que huele a vida. Por ahí llega la renovación. Paciencia. Calma. Valor. Mañana se compone el panorama.

Detectada la sensación de un nuevo día, antes de que se tornara ansiedad se alzó de un viaje. Calle arriba, calle abajo, da lo mismo, si los pies todavía medio funcionan, las necesidades gástricas se hallan lejos de la satisfacción, y a él, como de costumbre, no le alcanza para la locomoción.

Latas oxidadas, insectos secos, despojos caninos o gatunos, botes abollados, en los cuales reposaba una planta raquílica, huesos pulidos, vómitos detenidos en alguna tarde o aurora gloriosa, condones tiesos, además de cascajos de botella,

decoraban el camino sin pavimentar, en torno al cual había chozas salidas de milagros, parches a última hora, oportunidades materiales o descuidos de un capataz.

Vestido igual que todos los días, ausente de los suyos desde hacía una chorrera de años, olvidados meta y origen en algún pliegue de la desventura, se sacudió un tanto la camisa de arpillera, oscura de la paulatina acumulación de mugre, sudor y restos para nada taxonómicos. El pantalón lustroso, de donde el sol arrancaba delirios chocantes, no iba a tono con la seriedad de los zapatones, ni la dudosa expresión del rostro de quien los conducía, vaya a saberse adónde.

Flaco, nervudo, cejijunto, avanzaba entre un panorama de soledad, miseria y peligro a toda hora. A las doce tocaba estar en las cercanías de la Estación Alameda para ocuparse de las compras, limpiar ventanas gazmoñas, ayudar a cargar bolsas y quizás reparar tejados. Invierno y verano enfundado en un abrigo multifuncional, esperaba cerca de la parada de buses a que sucediera algo, y contemplaba el latoso desfile de vehículos, perros y gentes.

Cuando el sol advertía que, de aquí a poco, hartos de brindar luz donde vamos a ver si le respetaban o agradecían, se aligeraba al Pacífico, sentado en un banco daba cuenta de un

pollo trasnochado además de un menjunje surreal de papas fritas en diferentes épocas. Acabada la cena emprendía el camino de regreso a paso lento, porque los calamorros ya no estaban para trotes juveniles. Acto seguido, superadas las callampas llenas de putas viejas, de patos malos, de hampones para todos los gustos a decir verdad, de traficantes de lo que alargue la esperanza a distancia prudente, cada día un poco más inalcanzable, y falsificadores baratos de plata, pasaportes, o cédulas de identidad, ingresaba en su guarida.

Tras apercibir el halo luminoso de todos los días, se quedaba dormido encima de un colchón hecho de cartones multicolores. Por frazadas tenía una mazacotuda composición de bolsas plásticas rellenas con paja. Dos trajes impecables aguardaban el momento de actuar a unos metros de la cama.

Se anunciaba una nueva noche en vela. Pensó que si daba una vuelta por ahí, en una de éstas le bajaba el sueño. Esa luz, sí, la misma previo a relajarse en definitiva, indicaba no renunciar al proyecto de llegar hasta el fondo de eso.

Al poco rato volvía a estar despabilado. Vacías las calles, enmudecidos los perros, apagados los luminosos, sólo el aire seguía tan contaminado como al llegar.

En una iluminada esquina del Barrio Alto en Santiago, se produjo el encontrón, en el cual la pareja de tórtolos llevó la peor parte. Ellos aseguraron, juraron incluso, que venían de una tómbola, y no tenían tiempo ni gracia para leseras.

Sin tener noción Fermín de cómo, cuándo ni por qué, quiso felicitar su altruismo, infundirles ánimo a proseguir, miren que este mundo está lleno de miserables, y ellos, en lugar de reaccionar positivamente, se le vinieron encima aullando de rabia y dolor, sobre todo de lo último cuando intentó calmarles, pero el cuerpo del joven se contrajo, dio un estirón, y de su boca salió "no fue culpa mía; me obligaron a liquidarlos". Fermín y la joven dieron en quitarle el traje antes de embeberse en la sangre que efluía de los tajos. Ella reía, bailoteaba, movía gentilmente el trasero, invitaba. Ni corto ni perezoso la hizo suya al costado del novio carneado.

Qué distinto se veía todo. También él era otro. Nada de fatiga, abulia, desencanto, suciedad. Cuando pasaba frente a una sastrería céntrica, vio que habían dejado la puerta abierta. Entró, se probó varios trajes, eligió dos camisas, se las puso, también una corbata de seda natural, y, vestido elegantemente de negro, abandonaba ya el local cuando el rondín bloqueó la salida.

De un manotazo lo apartó de sí, y hele aquí, que el fornido guardián de cosas importantes, encima de carísimas, congestionado por la falta de aire, se llevó ambas manos a la garganta, enrojeció y quedó lelo. Espantado y divirtiéndose de puta madre, contempló Fermín el organizado desprendimiento de brazos, piernas y cabeza, aún enfundada en la gorra verde. Satisfecho de lo obtenido, del recorrido mismo, volvió sobre sus pasos, se quitó la ropa fina, la guardó en su sitio y se tiró en la covacha.

Al día siguiente, doña Julia y doña Hortensia, dos representantes de la clase media honorable, a cuál más peladora y miradora en menos, en particular al encarar a un pobre diablo, lo mandaron a comprar zapallo, choclos, albahaca, cilantro, porotos verdes, osobuco, papas y un atado de zanahoria. De ahí, a pagar la cuenta de la luz. Ganada la confianza de las vecinas, sin excepción todas seguras de la superioridad de su clase, más de alguna le encomendaba un depósito en el banco. A eso de las seis tenía asegurado el plato de porotos con un coqueto trocito de longaniza, aparte de un tímido chorrito de aceite, una huella roja de ají y la consabida caña de un vino que el pueblo llama tres tiritones.

De nuevo: yo no maté al Fermín. ¿Qué ganaba con hacerlo? ¡Eh! A ver, ustedes, que se las saben todas, díganme quién iba a

interesarse en un espantapájaros ducho en autoconsuelos desde que la última le pegó la patada en la raja porque no estaba más dispuesta a abrirse de patas y encamarse con un chingue, el que más encima de apestar a conciencia, se había vuelto todo un perito en apearse sobre la marcha.

Se mató él solito no más. Y el gil que lo halló, uno de esos que dejan escapar hasta las tortugas, arrepentido de haber tenido la ocurrencia de empearse bajo tierra, viene el muy tarado y se lo confía un carabinero, como si se tratara de un confesor. Si será idiota. Ahí mismo lo agarraron de un ala y de un chopazo lo metieron a la capacha.

La carencia de móviles y testigos hizo que le tiraran de la lengua hasta acudir el curita que lo sacaba de apuro. En la policía dijeron que su facha aceleraba las sospechas de un asesinato a traición, porque de dónde va a sacar plata un bicharraco de éstos, que está obligado a verla de lejos, o "ayudarse de otro modo", a fin de costearse el vicio.

Tengo entendido que el Fermín le hacía a todo. Como tenía cara de "a mí no me lo pregunten", más de un particular, reacio a dar su nombre, ducho en pagar "donde mis ojos te vean", así fueran billetes embusteros, experto también en hacerse humo, contrató sus servicios. Su pega, desde luego

sin lugar ni horario fijos, le obligaba a meter las narices en sitios poco recomendables para alguien nacido y seguro muerto maldito. Pero recapitulemos el bailongo desde la última versión de dicha a corto plazo y de cortometraje.

Vicky se llamaba su primer puerto en semejante travesía, y no tenía nada rubio. Cuando no dormía en una de las tantas camas del lugar, echaba las cartas, daba masajes eróticos, consejos, sacaba guaguas, o se mandaba unos buenos toques de pichicata las veces que le invitaba a quererla "como si hoy fuera el último día de mi vida".

No podía con ella. Con la pajarona de la Manuela, la última fija, hacía lo que le daba puntada y gana. Pero ésta, que no llegaba a los veinte, aunque los trajines corporales le echaban por lo menos diez añitos más, llevó la batuta a partir del primer polvo. Harta de oír y ver más de lo mismo, el día menos pensado se echó a volar y no volvió a verla. La hallaron botada en la calle, si bien algo incompleta: el que se la cargó le había rebanado el pecho izquierdo y coronado la gestión acomodándolo graciosamente en el derecho.

Tras la Vicky, se apersonó la Leo. Dijo que venía de por allá y que era un poco quedada en las huinchas (ingenua)...salvo en la cama. Cinco semanas de calentura vivida a todo gas

terminaron en chusco y parcial velorio. Motivos incomprensibles (para un croquis de detective) la retiraron del mapa en un baño público. Le faltaban las orejas y los meñiques. Pasadas las exequias hallaron las teselas en una carnicería. Cuentan las malas lenguas (aquí hacen nata), que al ser el panadero un solterón empedernido, de lo más pechoño para colmo, tener fama de celoso y cicatero, odiar a muerte al carnicero, para ahorrarse el pago se la quitó de encima, de paso se vengó y quiso despistar a la policía mutilándola al pedo para que pague el pato el mismo que le había birlado la última mina. Eso dicen. Lo que es a mí, no me consta.

Tarde llegó el Fermín donde las vecinas caritativas que no se perdían una misa. Abultadas tenían sendas libretas de buenas acciones, de suerte que las puertas del paraíso estaban de lo más aceitaditas y a su libre disposición. Al no ver a ninguna de las emperejiladas, se sentó en un banco a esperarlas, su ocupación favorita en todo caso.

"Ladrón, cochino, viejo sinvergüenza, ándate al mismísimo carajo, y no vengas más a joder donde vive gente honrada", le dispararon desde varias casas en cuanto vieron que se aproximaba. Un certero palo en la nuca le aconsejó no volver a asomar las narices por tales sitios. Se le acusaba de quedarse con los vueltos de al menos diez mujeres decentes,

todas ellas en la flor de la honestidad. De nuevo muerto de hambre, frío, pasó al lado de una verdulería, cogió una cebolla, pero ya la dueña le había echado el ojo, así que azuzó el pastor alemán. Tres dentelladas en el trasero reformaron una vez más la estructura del pantalón, aportillaron nalgas y le hicieron correr como alma que lleva el diablo.

Temprano se recogió en su covacha. Cuando vio el desplazamiento solar, comprendió que se hacía de noche. Su noche. Mañana era otro día. Su día. Si mal no recordaba, por fin iban a unirse día y noche. Todo consistía en estirar la mano y agarrarse del horizonte ingresando en su domicilio. Entonces viajaba a su mundo, comprendía quién era, su misión.

Pena, mucha pena, me daba el Fermín. ¡Cómo iba a liquidarlo yo, pues! Otro cantar es la pega; sobre todo los pedidos brujos y "de lo más urgentes". Ni ellos me conocen, ni yo sé algo de ellos. Basta una fotito, dos o tres señas particulares, estar al tanto de sus mañas y...!pum! Una huevona o un huevón menos. La bala ingresa en la carne, se fabrica un túnel de modo concupiscente. Así funciona al pelo. Mejor que en la pega en todo caso.

Detesto los cuchillos, ni más ni menos que los tajos.

Asimismo la sangre. De partida, por alharaquenta. A menudo ve el espectador más de lo que hay. En cuanto a derramarla por gusto, tampoco me va...salvo si toca echarle una manito a un compadre. Llegado el caso actúo a ciegas. Otro realiza la faena. Yo miro de afuera, tomo nota, me hago el tonto.

Con todo, tarde para arrancarle una confesión al Fermín. No me quedó otra que cooperarle. Qué iba a hacerle el pobre si tenía la manía ésa. Como si le hubieran pasado el dato, detallado las idas y venidas de los hijueputas que mandó al patio de los callados, en cuanto se ponía el sol, y él creía soñar eso -que yo sé porque lo vi con mis propios ojos-, se levantaba igual que zombio y a la calle señalada se ha dicho.

De modo infalible me aparecía yo justo cuando se le estaban quemando las castañas. Entiéndanlo bien, por favor, que es importante, miren que una cosa es cumplir porque te pagan más o menos decentemente por detener parásitos, otra por eliminarlos y una tercera, es ayudar a un ser querido, especialmente cuando ya ni te conoce. Pero llegó el día en que la cuestión se nos estaba yendo de las manos.

Presente tenía el peligro de despertar a un sonámbulo en lo mejor del baile, de modo que yo iba detrasito de él, por si

las cochinas moscas. Cuando se cargó a dos chicas, que parecían angelitos recién caídos del cielo, aunque según lo que masculló a grito pelado, por dentro cargaban idéntica mierda que sus padres, oficiales de Ejército responsables de una feroz matanza en tiempo de los milicos, y las lindas explotaban a quien se les terciara en su camino, quise hacerle ver el error, porque no eran las que él decía, se trataba de una horrorosa confusión. Comprendo su bronca hacia los explotadores de siglos, sé que los de arriba nunca han querido a los de abajo, y a las primeras de cambio, también al menor descuido, son capaces de desplumarte afectuosamente. No obstante el aspecto inspirador de esto, el deber de acabar una labor trunca, de paso saldar viejas cuentas, todavía no me siento capaz de borrar del mapa a por lo menos un tercio de la población, pese a no faltarme las ganas de hacerlo hoy mismo. Tal vez después, por ahora mejor descansar.

Tres veces intenté pararlo, bloquear el camino. Fue para peor. Ahí me cayó la teja que su mirada no tenía un ápice de sonámbulo. Dicho de otra forma, era tan sonámbulo él como yo Antonio Banderas. En vez de cortarla, darse a la razón, hecho una fiera se me vino encima de cuchillo en mano. Qué podía hacer yo, si ya ni se acordaba de mí. Quise huir. Me agarró de un brazo, me fui de bruces, si bien en tierra blanda. Al verme repuesto me lanzó un bofetón. Se lo esquivé y le mandé

un combo de éstos que voltean un ternero, aunque con tal mala pata que se desnucó en la roca puesta a propósito. Entonces lo arrastré hasta su guarida, limpié su cara, lo recosté, y le di el beso de despedida. La tristeza me impidió llorar.

Yo no lo maté. Me considero un buen hijo, y un buen hijo ayuda a su padre, no se lo carga. Fue un accidente. Mala suerte. Años me tiré buscándolo hasta por debajo de las piedras. Sabía que estaba mal, más solo que la una, resignado a vegetar, moverse de pueblo en pueblo, aplanar calles en las ciudades, hacer noche bajo las estrellas o en un basural.

Tras el deceso de mi madre, al tanto de su desertión, me vine en pos suya. Hubo momentos en que incluso me acerqué, le dirigí la palabra, ahora que él miraba a través de mí tal cual lo hacía en las vidrieras del centro. "Fermín, viejo mío, soy yo, tu niño, al que le contabas historias de brujos antes de conciliar el sueño", musitaba al verle alejarse con la misma pinta día y noche, invierno y verano, la vista atornillada al suelo, la noche pisándole los talones.

Unas diez personas se habían congregado alrededor de una cuestión informe, viscosa, en el bar de la música detenida en los años 60. A eso de las diez, de la forma convenida vi llegar al comisario. "Parece que se acabó todo; ya podemos

respirar tranquilos", repuso mi jefe observando el desplazamiento de siluetas en el suelo de madera percutida. "Tres cosas se me hacen imposibles de creer: que nadie mienta, la selección gane el mundial de fútbol y todavía haya mujeres vírgenes", añadió luego de informarme que estaban cerrados los casos de mutilaciones, violaciones de mujeres, robos, asesinatos a sangre fría, cometidos impunemente en los últimos cinco años. La carencia de móviles, pistas, autores, testigos, sumadas al exceso de trabajo, obligaba a coger el toro por las astas y liquidar ya el asunto. Máxime verificado el cese repentino de tales delitos.

Si coincidió la decisión con la muerte del Fermín, quien siempre tuvo la absoluta seguridad de únicamente haber soñado desmanes de toda índole, o con la promesa mía, hecha en la fosa de mi padre, de no aceptar nunca más encarguitos urgentes de particulares sin rostro fijo, o pasó a engrosar una de las alegres tincadas del sexagenario que no pensaba jubilar, tal vez no lo presienta ni él mismo.